

¿Qué delito cometi  
 con solo nacer, oh cielos?  
 Así en cuadrúpedo idioma  
 dice el infeliz becerro.  
 Mientras tanto su asesino  
 prepara el agudo hierro,  
 y le dá diez estocadas  
 con temor, aunque sin riesgo.  
 Ya está difunto el novillo,  
 ya cesó su pataleo,  
 y apláuden desde los palcos  
 las damas con sus pañuelos.  
 Ya se consumó la hazaña  
 de insigne valor ejemplo:  
 yá un marqués graba su nombre  
 en los fastos del toreo.  
 ¡Oh espectáculo glorioso  
 civilizador y bueno!  
 Láuros para tí dá España  
 y la Europa menosprecio.



En un portal muy angosto,  
 con honores de covacha,  
 se discute sabiamente  
 el porvenir de la pátria.  
 Un remendon, un galopo,  
 y el aguador de la casa  
 son los tres legisladores  
 que de tal materia tratan.

El uno quiere que todo  
 se gobierne con la vara,  
 que haya trancazos de á folio  
 y una horca en cada plaza.  
 Por la Union está el galopo,  
 convites y mesas francas,  
 pues que todo cocinero  
 entonces producto saca.

— Pus yo querer la riepública,  
 el marusiño gritaba,  
 la riepública es caliente  
 y todos beben el ajua.  
 Esta trinidad de sábios  
 gobernadores de España,  
 ¿dió algun fruto? Si señor,  
 puntapiés y bofetadas,



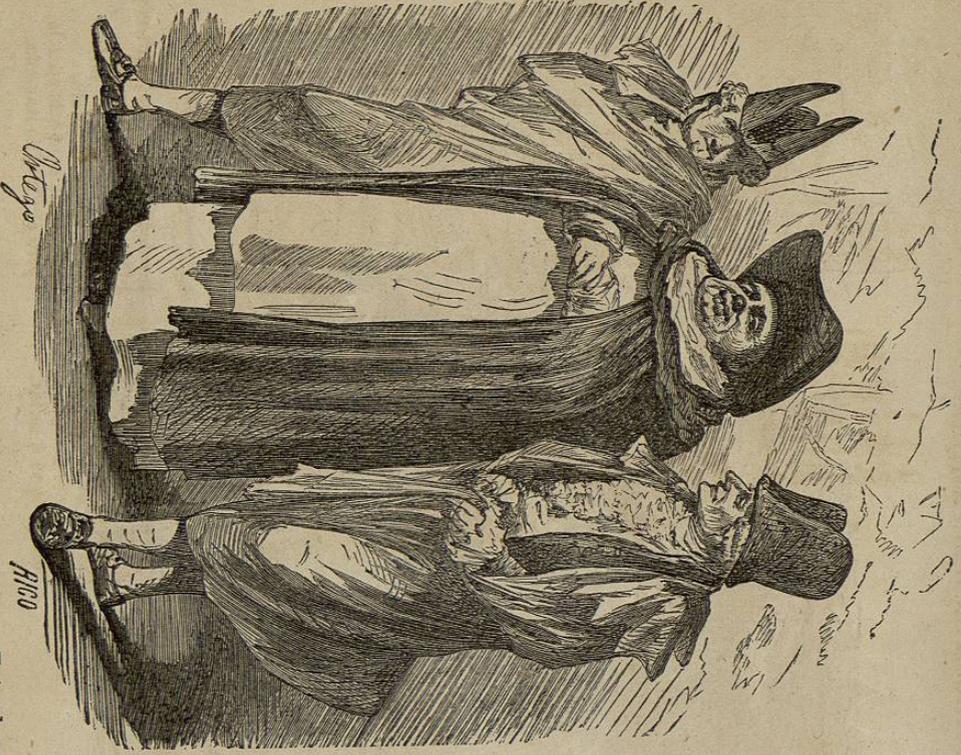
Vengan, señores, y miren del mercader en la tienda cómo el género de moda compraban nuestras abuelas. Era el almacén angosto, oscuro, pobre, sin muestra, sin grandes aparadores, y hasta sin grande limpieza. Entraban las elegantes á comprar de higos á brevas, los lienzos de la Coruña, el tafetan y estameña.

Murmuraban y pagaban en columnaria moneda, que aun era el crédito entonces extranjero en nuestra tierra. Con cinco varas un traje para cinco primaveras. ¡Felices nuestros abuelos con mujeres como aquellas! Pero como en este mundo al fin, todo se compensa, un almacén cada una necesitan ya sus nietas.

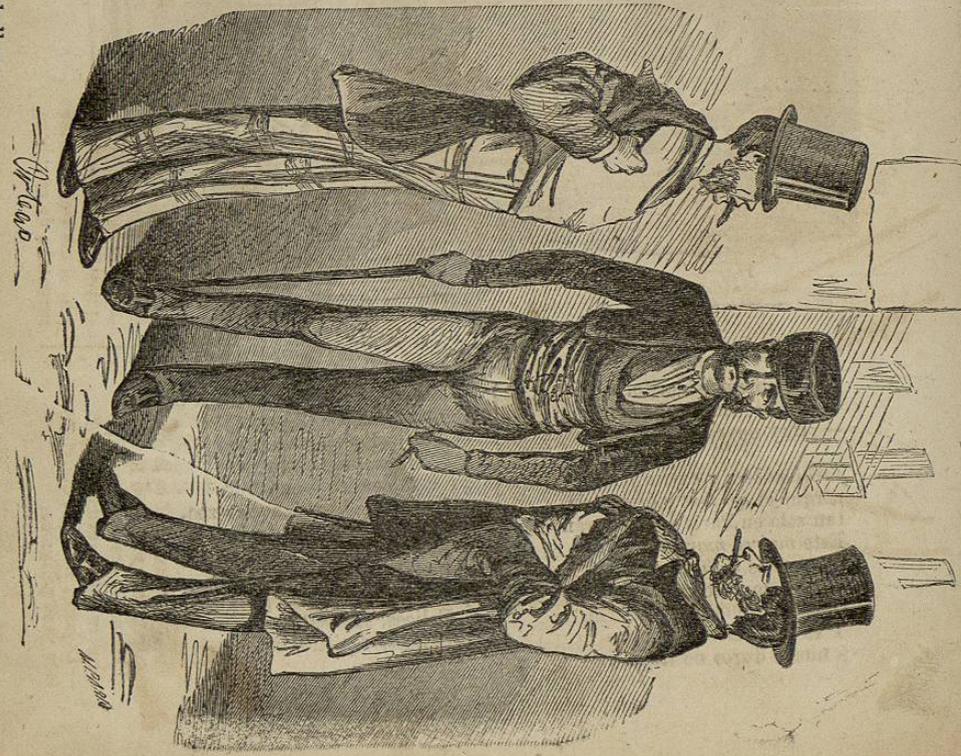


—Felices, Isidorito.  
—Felices, Luisita bella.  
—¿Hay novedades?  
Sublimes, fashionables y extranjeras, porque el confort y elegancia tan solo en París se encierran. Este *moireé marron* claro con aguas á la *duquesa*, viste siempre como *il faut* si con el *foulard* se mezcla. Y es económico: el metro á nueve duros no llega.

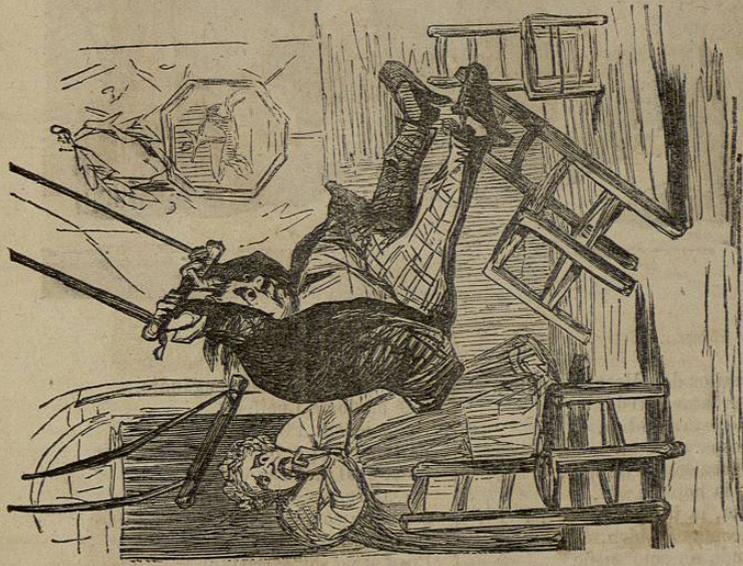
—Pues corte usted... nada... no, remítame usted la pieza, el *gró* y el *glasé* de anoche y á mi marido la cuenta. ¿Y qué se dice de nuevo?  
—Nada que atención merezca. Cinco suicidios, un duelo... el lance de la marquesa... bailes régios y convites... que en el pueblo hay gran miseria...  
—Felices, Isidorito.  
—Felices, Luisita bella.



Entre dos caballeros  
 iba un cogulla:  
 hoy llevan a un torero  
 que los instruya.  
 Pasan los tiempos  
 y para algunos quedan  
 siempre los mismos.



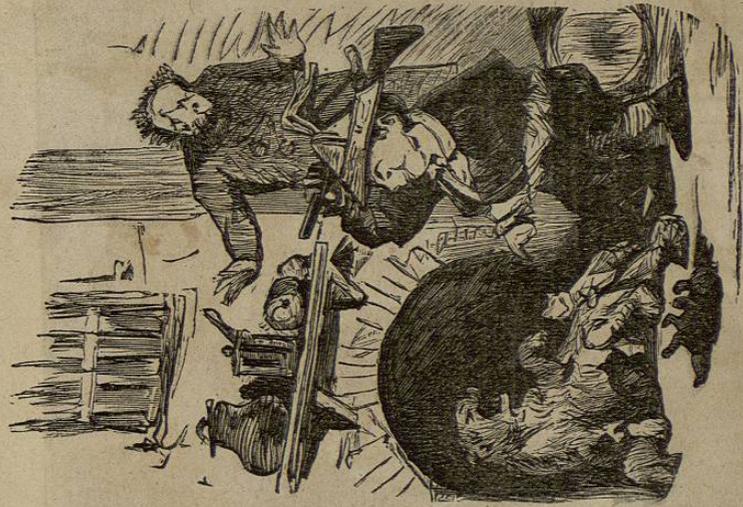
AYER Y HOY.



—Ay Jesus, ¿qué es lo que veo?  
 don Simon, está usted loco?  
 ¿Está usted mal con su vida?  
 ¿Quiere usted quedarse cojo?  
 —Déjame, Braulia, que ensaye  
 este paso peligroso.

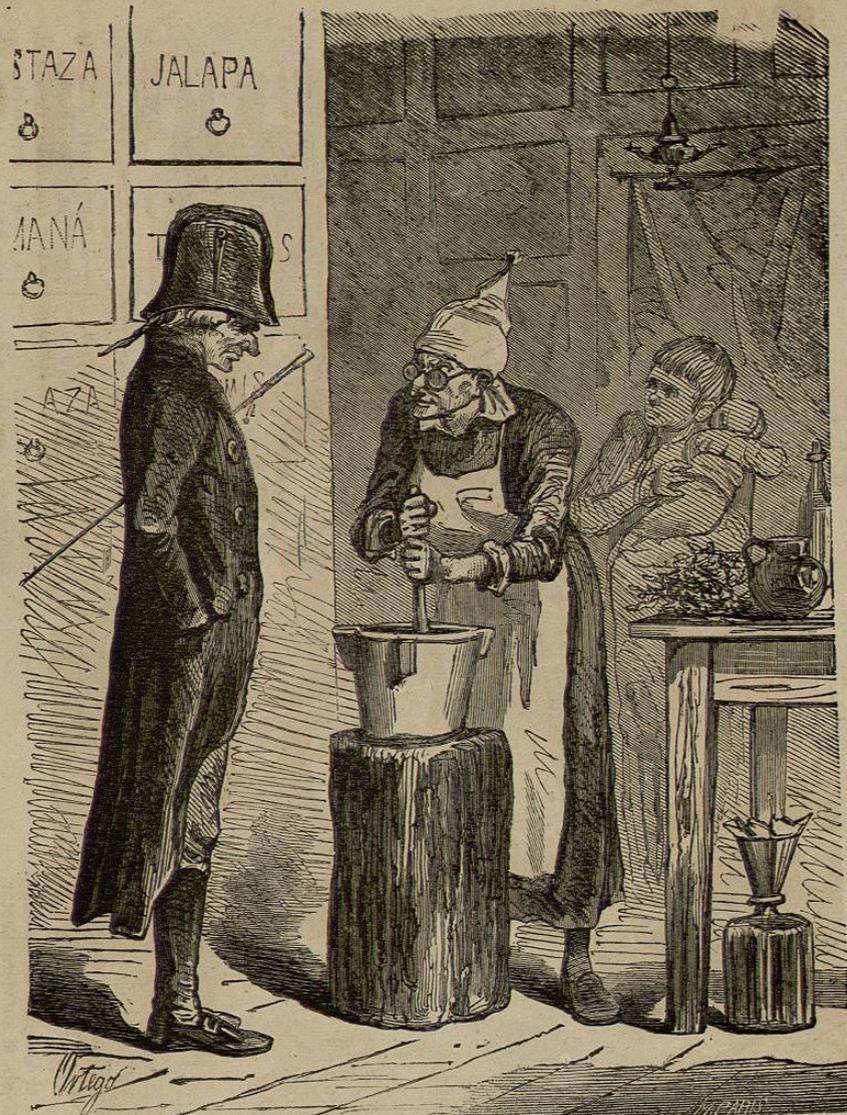
—Desde que concurre al Circo  
 don Simon, no le conozco.  
 —Eso es la musculatura,  
 el completo desarrollo...  
 ¡oh, si me viera Leotar  
 reventaba de envidioso.

INFLUENCIA DE LOS CIRCOS EN LAS FAMILIAS.



—Chiquillo, deja esa gata,  
 mira que te vá á arañar.  
 —A mí no me araña, porque  
 la voy á domesticar.  
 —Como te desonides, niño,  
 un ojo te vá á saltar.

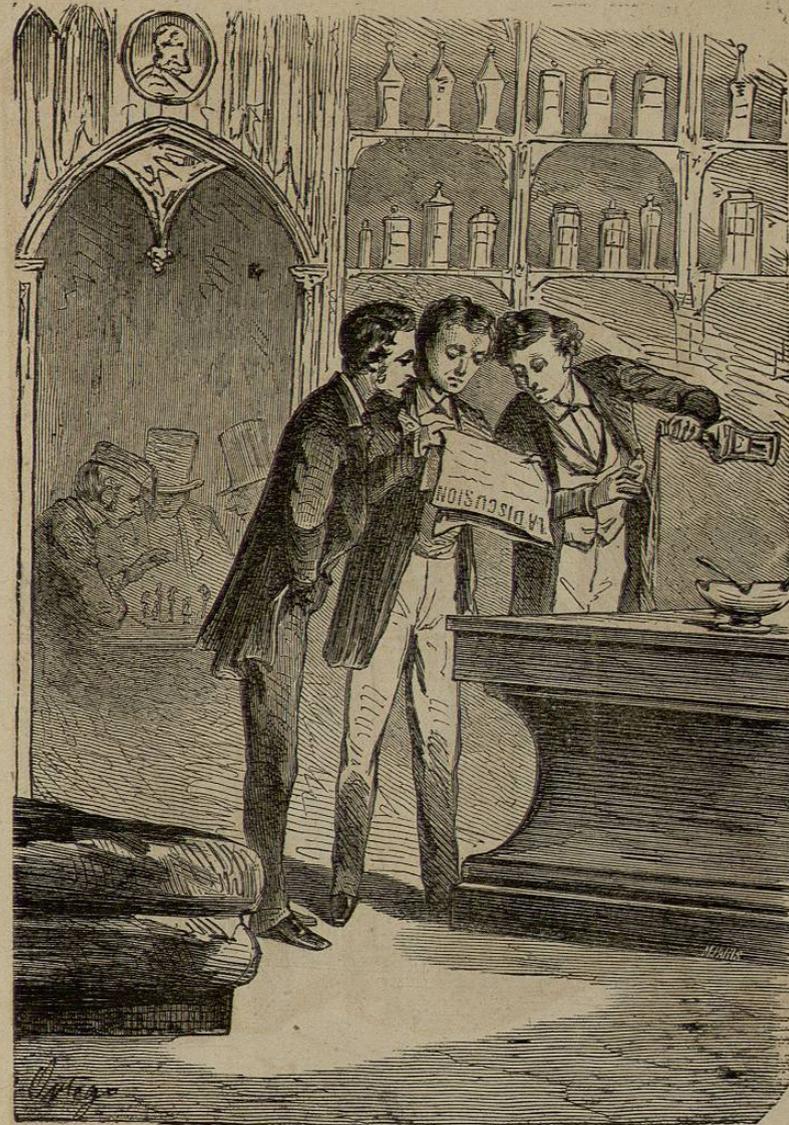
—A cuatro cuartos la entrada,  
 pronto la podré enseñar.  
 —Con una mano de azotes  
 tu padre te arreglará,  
 irás desde aquí á la escuela,  
 pero al Circo no irás más.



AYER

— Mi señor don Hermengáudio,  
lo digo, créame usted,  
este oficio está maldito,  
nadie prospera con él.  
Siempre mezclando jaropes,  
el maná, la hoja de sen,  
la mostaza, la jalapa...  
y jamás comiendo bien,  
ni pudiendo un solo sueño  
sin interrupcion tener,  
ni ahorrando á pesar de todo  
para pasar la vejez.

¡Ay, señor don Hermengáudio,  
qué oficio de Lucifer!  
—Paciencia, Pascual amigo,  
paciencia, ¡qué hemos de hacer!  
Cada cuál tiene su cruz  
y esa cruz es la de usted.  
No todos covachuelistas,  
ni ministros pueden ser.  
Pues si yo soy sacristan  
sé repicar y tañer,  
y vendo estampas de santos  
y tampoco ando muy bien!



HOY

Ya la botica mugrienta  
de antaño desapareció,  
tras la nube tenebrosa  
mas luciente brilla el sol.  
Adios mortero grotesco,  
candil ordinario, adios,  
adios mandil, compañero  
del gorrito de algodón;  
yá la botica es farmacia,  
el boticario doctor,  
los criados son mancebos,  
y la trastienda, salon.

Hoy mientras juega allá dentro  
al ajedrez el doctor,  
sus mancebos elegantes  
discuten *La Discusion*,  
trastornan de Europa el mapa,  
vuelcan á un emperador,  
y la redoma que pillan  
sufré la misma extorsion.  
La suerte siempre es injusta:  
¡tener tras un mostrador  
á un César, tal vez á un Bruto...  
¡qué lástima y qué dolor!



Ortego

PARIS

Toitos vírtimas semos  
de las mugeres;  
contra más las queremos,  
menos nos quieren.

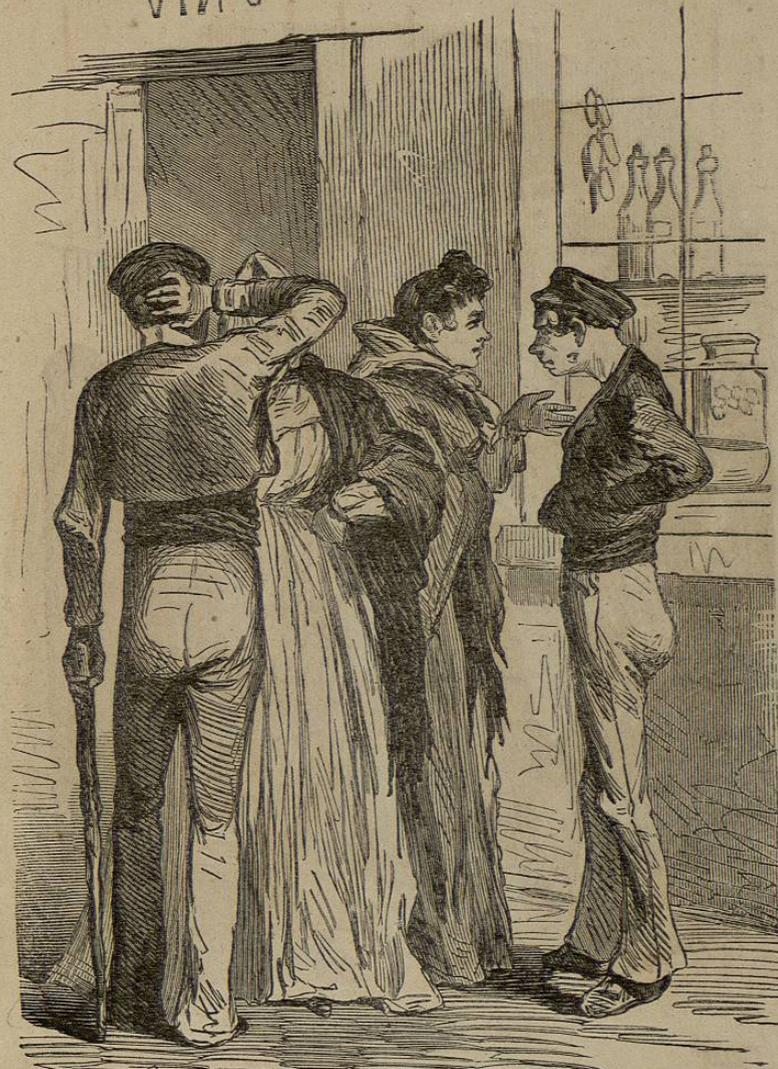
Arsa, chiquilla,  
viva tu zagalejo,  
tambien tus ligas.

En tu jardin, morena,  
planté claveles,  
y espinas se me han güerto  
por tus desdenes.

Seis muy conformes;  
si tu jardin dá espinas,  
tú matas hombres.

Oyendo estos cantares cierto dia  
sintió un vate académico sudores:  
y dijo: ¡Cielo santo! qué poesia,  
qué guitarra, qué música y qué amores!

VINO



Ortego

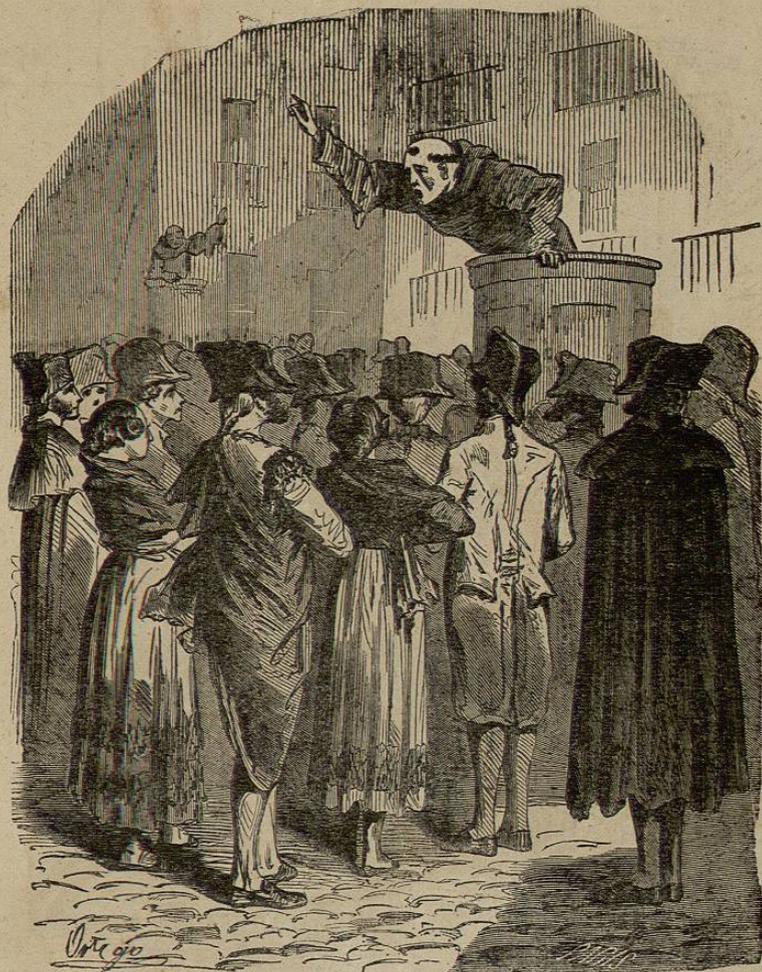
PARIS

AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS.

—Si tú al fin eres mugé,  
y no pués nunca ser buena!  
¿Me negarás que te vieron  
con el tuerto en la pradera?

—Mira Chato, que te engañan.  
—¡Qué me han de engaña, embustera!  
Tú sí que engañarme quieres,  
y te he de cortar la trenza.

—Mira, Chato, soy tu amigo,  
y la verdá, me revienta  
que entre presonas esentes  
armemos estas quimeras.  
Oye, Petra, y tú, Catana,  
vámonos á la taberna  
y echemos algunos vasos  
sobre cuestiones y penas.



AYER

Sin duda ninguna creo  
 que eran santos los antiguos.  
 De la novena al rosario,  
 á piadosos ejercicios,  
 al sermón, la cofradía,  
 y despues á los toritos;  
 que entre col y col lechuga  
 dice un refrán, y está escrito.  
 Y por si á piedad tan grande  
 le faltaba requisito,  
 á fé que pagaba el pueblo,  
 los bernardos, los franciscos,

gerónimos y cartujos,  
 trinitarios y domingos,  
 jesuitas, cistercienses,  
 mercenarios y agustinos,  
 con otras gruesas legiones  
 de frailes bien mantenidos.  
 Los cuales de plaza en plaza  
 con desaforados gritos  
 santa moral predicaban  
 á los vagos reunidos;  
 por eso sin duda alguna  
 eran santos los antiguos.



HOY

La historia de Blanca Flor,  
 y hazañas de bandoleros,  
 la vida de Carlomagno  
 cantan hoy los pobres ciegos.  
 Oyéndolos se detiene  
 con la boca abierta el pueblo,  
 y sus romanzones compra  
 para repasarlos luego.  
 Dejando á veces la historia  
 por donaires picarescos,  
 con gusto del auditorio  
 verdes coplas canta el ciego.

O yá en la Semana Santa  
 con gemidos plañideros  
 de la pasión de Jesus  
 relata tristes sucesos.  
 En el ciego guitarrista,  
 pobre cantor callejero,  
 del antiguo trovador  
 miro un confuso recuerdo,  
 una desgracia que canta  
 al ocioso entreteniendo,  
 y que al pueblo pertenece  
 y que alivia solo el pueblo.